

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1924

JUEVES 13 DE MARZO

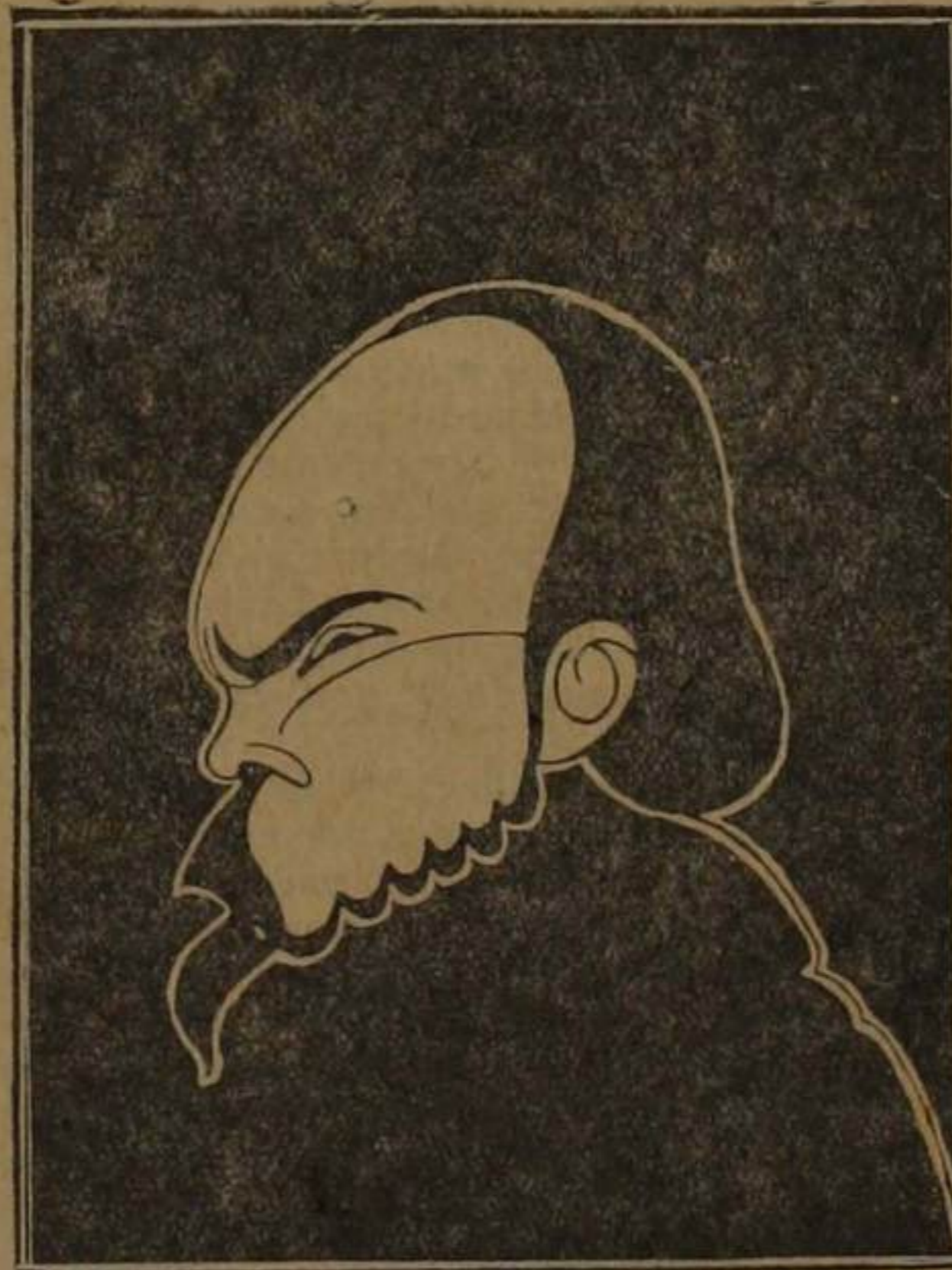
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Lenine

CON la muerte de Lenine, confirmada oficialmente esta vez, después de tantos falsos rumores, desaparece una de las más discutidas, extraordinarias y formidables figuras que se hayan agitado sobre el escenario terrestre.

Nadie más combatido que él. Por años enteros se le pintó en todos los países como un monstruo, y la humanidad se sobrecogió de horror ante sus crímenes. Por agente pagado de los alemanes pasó mucho tiempo; de loco furioso se le trató en millares de periódicos. Su gobierno ultra socialista parecía empresa quimérica que había de derrumbarse en pocos meses, y sin embargo fué el único que se mantuvo en el poder, cuando caían y se cambiaban los gobernantes de todas las naciones, y muere cuando ya los dictérios se habían acallado y entraba su nombre en el campo de la Leyenda.

Si el genio consiste en ejercer influencia nueva, profunda y decisiva en la marcha de los sucesos humanos, en ser único y sobresalir entre todos, Lenine fué un genio, y de los más grandes que se hayan conocido. Doctrinario implacable, se aferró treinta años a un ideal absoluto; creyó en él con misticismo ilimitado cuando esa fe parecía absurda, y a su servicio puso las más prodigiosas dotes de revolucionario que puedan concebirse. Cuando todos vacilaban, él insistía; cuando todos temían, él iba al extremo de la audacia. Y si en 1917 fué en Rusia el revolucionario de acción por excelencia, el organizador y director de la revuelta que dió el poder a los bolcheviques, en los treinta años anteriores fué el revolucionario teórico desligado hasta un extremo increíble de todas las ideas y sentimientos que tradicionalmente han



ULIANOF-LENIN

España, Madrid.

Este hombrecillo calvo, con la cara arrugada, que se bambolea en una silla, riéndose de cualquier cosa, dispuesto en todo momento a dar su opinión a quien le interrumpa para pedirle un consejo—y sus opiniones son siempre tan razonables que más bien parecen órdenes categóricas— es un hombre que siente la alegría de la vida. Creo que se debe atribuir este aspecto del carácter de Lenin al hecho de que es el primer gran *leader* que descuida completamente el valor de su personalidad. No tiene ambición alguna. Además, por ser marxista, cree en el movimiento de las masas, que progresará necesariamente, con él o sin él. No cree que ningún hombre pueda hacer o detener las revoluciones. Por consiguiente, Lenin goza de una perfecta libertad de espíritu que no he conocido jamás en ningún gran hombre.

ARTURO RANSOME.

(Six Weeks in Russia).

ido constituyendo para el hombre como una segunda naturaleza.

Lenine realmente rompió con todo el mundo anterior, y declaró la guerra a cuanto ha sido considerado como base del orden social. Dentro de la nueva fe, fué un fanático insuperable, que persiguió al través de toda su vida un fin único, y a su realización lo sacrificó todo. Nada lo detuvo en su resolución de implantar el credo comunista; fué audaz en el empuje, cruel e implacable en la represión, indomable en la lucha, granítico en las convicciones.

De él decía Zinovieff que «no conocía más poder que el de un pensamiento, uno solo, pero ardentemente apasionado». Tenía todas las características del fanático, y nada más contrario que él al liberalismo. Las ideas de tolerancia, de transigencia, de moderación, pugnaban abiertamente con su celo imperioso de cruzado de una idea, y no dejó puesto para ellas en el régimen de los soviets. Jamás quiso someter a discusión sus principios comunistas, sino imponerlos, llevarlos a la práctica, arrollando cuanto a ellos se opusiera, despreciando y odiando a sus impugnadores. Era un hombre de combate, que amaba la lucha por sobre todas las cosas, agresivo e hiriente con sus adversarios, duro en la pelea, maravillosamente capacitado para ir al alma del pueblo, no con retóricas ruidosas, sino con ideas sencillas de éxito fulminante.

Según cuenta Zinovieff, no gustaba de los versos, pero había uno que acudía frecuentemente a sus labios: «Busco la aprobación—no en la dulzura de los elogios—sino en los gritos de los odios feroces». Y agrega Zinovieff: «Tal era, en efecto, su característica. Cuanto más se exas-